**Viernes XXIV del TO
Ciclo C**

****16 de septiembre de 2022
1Cor 15, 12-20
Sal 16
Lc 8, 1-3
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El texto del Evangelio de hoy nos da pie para reflexionar un poco más a detalle sobre quiénes eran discípulos de Jesús, porque parece que no existía una distinción real entre quienes literalmente lo seguían y un círculo mucho más amplio de personas que él también reconocía como discípulos. Podríamos imaginarnos la figura de círculos concéntricos de seguimiento[[1]](#footnote-1).

El discípulo más cercano a Jesús era, tal vez, el «discípulo amado» del que habla el Evangelio de Juan, pero ciertamente podemos hablar también de un círculo íntimo de tres: Pedro, Santiago y Juan. Y luego estaba, por supuesto, el propio círculo de los Doce, el grupo que Jesús había escogido deliberadamente «*para que convivieran con él y para enviarlos a predicar*».

Sin embargo, hay que hablar además de un círculo más amplio de discípulos, quienes también literalmente lo seguían. Es evidente que Jesús no llamó al seguimiento sólo a los doce porque los Hechos de los Apóstoles mencionan, entre aquellos que habían estado con Jesús desde el comienzo, a José, llamado Barsabas, y Matías. Y sabemos, por el evangelio de hoy, que algunas mujeres, que también lo acompañaban: «*María Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, mayordomo de Herodes, Susana y otras muchas*»

Asimismo, había discípulos que, evidentemente, permanecían en su casa. Por ejemplo, Marta y María y el propietario del cenáculo. Indudablemente, ellos no entendían el discipulado como un seguimiento literal, pero, no obstante, eran discípulos. Al igual que con las mujeres acomodadas del evangelio de hoy que atendían a los discípulos «*con sus bienes*», el seguimiento en su caso no exigía la venta de las posesiones y el abandono del hogar. Aquí deberíamos incluir también a José de Arimatea, «*que esperaba el reinado de Dios*» y a quien Mateo y Juan llaman discípulo, pero «clandestino..., por miedo a los judíos»).

Todavía más llamativo es el episodio en el que se recuerda cómo forman parte de su familia, es decir, los que están dentro de su círculo de intimidad, los que «*cumplen la voluntad del Padre del cielo*».

Pero Jesús va aún más allá, cuando reprueba a sus llamados discípulos porque trataron de impedir a un desconocido, a uno que no pertenecía al círculo oficial, que actuara en nombre de Jesús. Ni lo desautorizó ni le exigió convertirse en discípulo de manera explícita y formal. El hecho de que, en su nombre, estuviese contribuyendo a aliviar a personas que padecían sufrimientos era ya prueba suficiente de que Dios favorecía su labor. Y, para Jesús, con eso bastaba. Él estaba dispuesto, en otras palabras, a reconocer una categoría de discípulos al margen del círculo de aquellos que formalmente lo habían confesado.

Pero es que, además, hay otro grupo más amplio de discípulos: los que son como niños, los pobres y los pecadores. En el reino de Dios, nos dice Jesús, sólo pueden entrar quienes se han convertido y se han hecho como niños. El reino de Dios, afirmó también, pertenece a los pobres. Y, según él, el pecador que reconoce que tiene necesidad de la misericordia de Dios es aceptado por éste, sin que se mencione en modo alguno la profesión formal como discípulo suyo. De manera semejante, en la parábola de las ovejas y las cabras, es con los individuos anónimos de todas las naciones, con los hambrientos, sedientos, inmigrantes, desnudos, enfermos y presos, con quienes se identifica Jesús: «*Les aseguro que lo que hayan hecho a estos mis hermanos menores me lo hicieron a mí*». No puede existir un círculo más amplio de discípulos.

Este reconocimiento de la existencia de círculos concéntricos de seguimiento, con Jesús en el centro, nos conduce directamente a la idea de la ***apertura*** de la comunidad de discípulos. La comunidad de discípulos no es un grupo exclusivo que se define por oposición a los que están fuera. Al contrario, según la propia caracterización de Jesús, ha de ser un grupo abierto a los pobres y a los pecadores, a «*cualquiera que cumple la voluntad de Dios*», a todo aquel «*que no está contra nosotros*». El «*nosotros*» que caracteriza el seguimiento de Jesús no se traza para excluir a «*ellos*». Es un «*nosotros*» inclusivo, abierto a los extraños, dispuesto a identificarse con los marginados y a reconocer una comunidad en el seguimiento, o en la pertenencia a la familia de Dios, que va más allá de otros signos de identidad más visibles y formales.

En particular, en el evangelio de hoy Lucas nombra a tres mujeres (curioso paralelismo, pues poco antes nombró a sólo tres primeros discípulos: Pedro, Santiago y Juan[[2]](#footnote-2)). En este fragmento, previo a la proclamación de la parábola del sembrador y al envío de los Doce, las mujeres aparecen con las mismas cualidades que éstos: ellas también siguen a Jesús, pues «*iban con él*», se habían «*negado a sí mismas*» (adhesión Jesús), y habían «*cargado con su cruz*» donándose al grupo y atendiéndolo con sus bienes (sentido de renuncia a lo propio y de pobreza evangélica de compartir). Estas son las exigencias específicas para ser «discípulo». Y estas mujeres las cumplen en el relato. Y lo mismo deja entrever Marcos cuando, en la crucifixión, dice de esas mujeres «*que le seguían y servían cuando estaba en Galilea*»

Si esto es así ¿por qué en ningún texto evangélico se califica a estas mujeres con la palabra exacta de «discípulas»?[[3]](#footnote-3). La respuesta es simple: en época de Jesús, y también durante el período rabínico, las palabras «discípulo» y «discípulos» existían en hebreo y arameo sólo en sus formas masculinas. Jesús y sus discípulos no usaron una palabra aramea (su idioma) para nombrar a las discípulas por la sencilla razón de que no la había, y por eso los evangelios griegos procedentes de tal tradición tampoco utilizaron esa palabra.

1. Cfr. James D.G. Dunn. *La llamada de Jesús al seguimiento*. Ed. Sal Terrae. Santander, 2001 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. 5, 1-11 [↑](#footnote-ref-2)
3. …además de ser las que estuvieron con Jesús en la cruz (los varones se dispersaron) y la de Magdala ser la primera testigo de la resurrección [↑](#footnote-ref-3)